

LOS PETROGLIFOS DE XILITLA^(*)

Por ENRIQUE JUAN PALACIOS.

En el curso de nuestras exploraciones por el rumbo de Xilitla (San Luis Potosí), cuya descripción y caracteres geográficos generales, dejo señalados en otras líneas, encontramos cierto número de petroglifos o signos grabados en roca, los cuales sin duda deben considerarse interesantes. Desde luego, cabe la posibilidad de que la región esconda mayor número de caracteres de esa clase, puesto que es terreno irregular y anfractuoso; pero, en todo caso, el grupo de peñas que reconocimos, ornamentadas con los emblemas que se trata, despertó nuestra atención en grado máximo, ya que, hasta ahora, los petroglifos descubiertos o estudiados en el territorio nacional no son numerosos; y atendiendo, a la vez, a las ricas vetas que para la investigación histórica y prehistórica ofrece su análisis.

Las piedras en cuestión quedan al fondo de una estrecha cañada, cosa de seis kilómetros al suroeste de Xilitilla, villorrio pequeñísimo que se asienta casi a igual distancia y por el mismo rumbo, de Xilitla. La formación geológica consiste en calizas mesozoicas del cretáceo, las cuales forman lajas de tamaño enorme que se hacinan pintorescamente en las vertientes de los cerros, a manera de extraños testigos de las conmociones tectónicas. Vegetación exuberante cubre las quebradas y las cumbres, los barrancos y las vegas de los arroyuelos. Árboles gigantescos, como el llamado *petatillo*, semejan baobabs africanos, y extienden sus ramas corpulentas de que penden manojos de lianas, en una maraña de follajes y de nudos

(*) Anexo al informe de la exploración, en Tuzapan y zonas comarcanas.

que se dijera de paisaje tropical. Al amparo de su sombra y entre lozanos platanares medran el naranjo y el cafeto, cultivos predilectos de la comarca, a la vera de los cuales el maíz prodiga sus codiciadas espigas. La cañada se estrecha entre altas e imponentes montañas, de flancos que la erosión recortó en desnudos y salvajes cantiles elevados como catedrales o castillos. Las rocas desprendidas de sus caras forman aglomeraciones informes al fondo de la cañada; y en diversos sitios, la masa calcárea de la montaña ha sido entreabierta por el agua y por las conmociones construyéndose grutas y cavernas de profundidad variable, cuyos recovecos deben guardar enigmas dignos de investigación.

La cañada viene angostándose desde Xilitilla hasta componer un estrecho cañón, que remata en un recodo montañoso, cerrado por los cerros del Balcón y de la Peña Prieta. A la medianía de estas eminencias asiéntanse las rancherías de la Soledad y de Zacactípac, por rumbos norte y noroeste; y en opuesta dirección, Ahuacatlán, traspuestas las cumbres, asiéntase a distancia de una legua.

El recodo en cuestión fué el paraje escogido por los aborígenes para grabar los petroglifos. Aparece precedido por un ensanchamiento del cañón, al que denominan Llano de la Laja, ameno sitio en cuyos acahuales no escasea el venado, y que, por la banda meridional, vese ceñido de fragantes naranjales. A la extremidad, el terreno se alza en poderosos contrafuertes, los cuales sostienen una breve plataforma que apellidan Mesa de la Laja. Una porción aparece desmontada para propósitos de agricultura (maíz, naranja y cafetos cultivados por un rancharo del rumbo, Julio Martínez, vecindado en el lugar); mientras que, en los tramos escabrosos, la formación caliza sobresale a modo de grandes cornisones vestidos de líquenes y musgo, fragmentos de los cuales se ven irregularmente desplomados. Allí y en las cornisas están los petroglifos.

Nosotros reconocimos cinco peñascos con emblemas, hacia el borde sureste de la Mesa; otro más existe a la entrada de la misma, por la extremidad nor-occidental, pero los signos respectivos están desgastados al extremo, siendo casi imposible su determinación. Todos aparecen cubiertos de un manto espeso de líquenes o musgo, circunstancia en parte favorable para la preservación de las líneas.

La técnica del tratamiento que emplearon los autores de los signos, indudablemente es primitiva. Se aprecia con claridad en ciertos sitios el estallido de la roca, por obra del golpe de un implemento cortante de piedra, más o menos agudo, objeto que puede suponerse de cuarzo. Con

esta clase de artefactos los aborígenes delinearón, algo toscamente, los contornos y rayas concebidas por su imaginación. Posiblemente usaron también hachas de piedra, menos filosas, para regularizar el trabajo. Proyectamos excavar en los alrededores del paraje, en busca de algún implemento: pero de momento no lo hallamos, ni tampoco advertimos vestigios de cerámica. El dato podría sugerir una antigüedad considerable en los petroglifos, siempre que pudiera establecerse categóricamente.

Señalaremos con A el peñasco más importante por sus dimensiones. Es una laja de cerca de seis metros de largo, con anchura irregular de dos, y espesor cercano a una vara. Se hace notable, a primera vista, por la regularidad natural de su cara superior, sensiblemente plana, como convidando a estampar sobre ella cualquier género de escritura. Yace desplomada en tierra a la vera de un sendero actual, hecho por los agricultores. A continuación prosigue una serie de peñas análogas, cuya uniformidad de altura y condiciones determinan algo como un cornisón de aspecto impresionante.

La peña ostenta unos doce emblemas, acentuados en ligero relieve, por efecto del trabajo de la hacha de mano primitiva. Dijéranse las nervaduras, en color oscuro, de la piel rugosa de un paquidermo echado en tierra. De tales signos, siete son espirales de amplitud mayor o menor: entre ellas, una sobresale por sus dimensiones y su desarrollo. El sentido de este desarrollo parece uniforme en todos los casos, con dirección de izquierda a derecha: pero el grueso de las espirales varía.

Otros tres emblemas afectan forma circular o casi circular, uno de ellos con doble contorno y trazos interiores sugestivos de las facciones del rostro humano. Otro también las presenta, aun cuando no existe el doble marco. El emblema restante, bastante extraño por cierto, y un tanto cuanto sospechoso, podría sugerir los contornos algo triangulares de la forma de las cabecitas llamadas "arcaicas", de la cerámica aborigen. Ciertas protuberancias ya desgastadas, unidas al rostro en cuestión, permitirían adivinar la presencia de un cuerpo, también al estilo de los arcaicos; en todo caso, los trazos interiores de esta figura guardan la posición oblicua de los ojos, característica de esos ejemplares.

Todavía puede agregarse un signo al parecer ligado por la parte inferior, al mencionado rostro de doble contorno, signo irregular donde creo reconocer una porción en punta de diamante; y un desarrollo ondulado de volutas, también en espiral, pero mucho menos ceñidas que las arriba escritas. En suma, el peñasco A presenta siete petroglifos de espirales, y

tres o cuatro de contorno próximamente circular, con rasgos interiores sugestivos de la cara humana, habiendo otro glifo adicional vagamente diseñado.

Designaremos la siguiente roca por B. Contiene unos diez emblemas, no siendo claramente perceptibles todas las líneas. Entre ellos hay un emblema circular de doble contorno, con rasgos interiores; dos breves signos circulares; un emblema en escalera, próximamente vertical; otros dos similares, pero inclinados; signos a manera de terrazas o cercados; un carácter triangular a primera vista como punta de flecha, pero que, juzgando por las proporciones, debe representar otra cosa; y un objeto con contornos como los de un cuchillo de cuarzo, pero cuyas dimensiones relativas también sugieren algo diverso. En suma, esta roca presenta tres emblemas escalonados o en escalera, uno de ellos próximamente vertical; un rostro humano a doble contorno, y dos pequeños discos. Los restantes emblemas ofrecen líneas imperfectamente determinadas, por lo que su descripción sería aventurada, no pudiendo decirse sino que sugieren terrazas o cercados. La roca que llamaremos C presenta nada más una hermosa espiral, con desarrollo de cinco vueltas, apreciándose asimismo un disco con rayos interiores (especie de cruz gammada, imprecisa). Los signos restantes son en extremo imprecisos, y es aventurado describirlos: volutas incompletas, líneas dispuestas en cruz, rayas que parecen ligarse con otras en contornos imprecisos, etc.

En la roca D con claridad se reconocen dos grecas rectangulares, bien desarrolladas y ligadas. Continúanse por elementos en espiral y otros simplemente curvos, dispuestos irregularmente.

Finalmente, mencionaremos los petroglifos grabados en el canto de la roca A, precisamente en la porción que semeja algo como una cornisa, apreciada a la distancia. Trátase de una serie de discos, de proporciones uniformes, los cuales se prolongan por elementos de diseño rectangular, una espiral de dos vueltas y un emblema curvilíneo con tendencia oval, a doble contorno. Así los discos, como los elementos en rectángulo, ostentan trazos interiores de puntos y de rayas, pero con sugestión diferente de la de la cara humana. En uno de los discos la división producida por las rayas interiores recuerda algo como gajos o particiones, los cuales se acercan a la figura de una cruz gammada o algo por el estilo.

Todavía hay otra peña, que señalaremos con E. En trazos muy simples y considerablemente toscos, se aprecia una figura de tendencia humana muy primitiva, cuyos contornos podrían recordar el diseño vago de las piezas de alfarería denominadas figurillas arcaicas, con los peculia-

res miembros superiores e inferiores globulosos y sin extremidades. Si esta identificación fuese correcta, el hecho revestiría sumo interés, por cuanto facilitaría el establecimiento aproximado de la edad de los petroglifos. Sin embargo, sería muy aventurado afirmarlo sin mayores datos.

Con referencia a la roca F, situada al otro extremo de la plataforma o Mesa de la Laja, no es posible entrar en detalles, pues los elementos grabados apenas pueden percibirse.

Resumiendo la descripción, nótase que los petroglifos de la zona de Xilitlilla son muy interesantes, aun cuando no ofrecen variedad considerable. Predomina el elemento en espiral, de un modo muy notorio. Vienen a continuación los discos, algunos con trazos interiores indicativos de la cara humana, otros con puntos y rayas de efecto geométrico. Tal vez les siguen en importancia los elementos escalonados o en escalera. A esto se agregan figuras de contornos como terrazas o tal vez cercados, bastante imprecisos. Una figuración aislada en una de las peñas podría reproducir los contornos de una figurilla arcaica, identificación que se robustece por las dimensiones del objeto, cuya magnitud relativa (y el aislamiento de la misma, ocupando por sí sola la roca en que aparece), contribuyen a comunicarle importancia. Trataríase, entonces, de un personaje, un retrato trazado por manos primitivas. Hay que añadir ciertos objetos rectangulares, desarrollados en greca o meandro de notoria regularidad. Los objetos restantes ofrecen claridad bastante para intentar describirlos.

Lo concerniente al sentido de esos emblemas resulta considerablemente problemático. La materia se encuentra en pañales, aun en regiones como Texas donde los petroglifos reconocidos son muy numerosos y han sido objeto de estudio comparado. Por ese camino han podido aventurarse algunas interpretaciones problemáticas, relacionando, por ejemplo, los discos radiantes con el astro luminoso; las grecas y las espirales con las nubes y la lluvia; las rayas zigzagueantes con el rayo; las líneas paralelas en zigzag, con puntas en diamante interiores, con la pubertad de las doncellas de la tribu y las danzas respectivas; cierto tipo de señales repetidas, con ganados en marcha; algunos tipos de rayas con movimientos migratorios, otros con censos primitivos, etc., etc.

Encontramos difícil establecer analogías estrechas entre los petroglifos texanos y los de Xilitla. Por motivos estilísticos, y aun cuando esta apreciación por fuerza sea muy vaga, tampoco nos parece hallar semejanza notoria entre unos y otros, excepto tratándose de los elementos en espiral, necesariamente similares. Sin embargo, a juzgar por los excelentes grabados

de la obra de Jackson, sobre los petroglifos de Texas, parece advertirse que las "espirales" de aquella región suelen presentarse ligadas a otros trazos; mientras que las de Xilitla se ostentan aisladas. Esto puede argüir un sentido diferente.

Los discos dobles y sencillos de las rocas de Xilitla no parecen implicar sentido solar manifiesto, atenta la ausencia de elementos radiantes; más bien diríamos que se trata de figuraciones incipientes de la cara humana.

Los elementos que pudieran relacionarse con censos primitivos tampoco son precisos en Xilitla. En general, podría aseverarse que, examinados en conjunto, sus petroglifos ofrecen menos coherencia que los de otras comarcas. Se advierte un menor sentido de lógica; en otros términos, la obra dijérase más efecto del capricho.

Con relación a la época, desde luego un dato puede establecerse claramente: no existen elementos hispánicos o cristianos de ninguna especie.

Por lo que concierne a la técnica, la variedad de los dibujos es bastante corta; sin embargo, se aprecia cierta seguridad en los trazos, especialmente tratándose de las "espirales". Los artistas supieron manejar con alguna firmeza los implementos respectivos.

Con lo expuesto, creemos haber manifestado las indicaciones que esta primera exploración ha podido sugerirnos. Tentativas interpretativas, en esta materia, no es difícil proponerlas; pero resultan necesariamente aventuradas. Tampoco consideramos posible, de momento relacionar los jeroglíficos de Xilitla con determinada tribu o familia etnográfica. Lo que sí puede afirmarse es que no se trata de emblemas glíficos aztecas, porque no se reconoce ninguno de sus peculiares elementos. A la vez cabe asegurar que los símbolos en cuestión preceden a la ocupación hispana, ya que ni el más remoto rasgo de influencia de este tipo aparece en las peñas, a diferencia de lo que se observa en muchos pictógrafos o petroglifos de Texas.

Descartada una similitud cercana, hablando en términos generales, entre los signos de las rocas de Xilitla, y los de la región texana, procede ahora ensayar un estudio comparativo entre ellos y algunos de los descubiertos en territorio mexicano. A ello consagraremos la segunda parte de este trabajo.

Nuestras conclusiones provisionales se condensan como sigue:

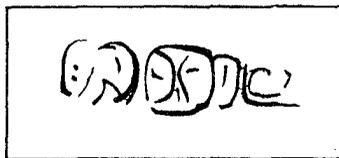
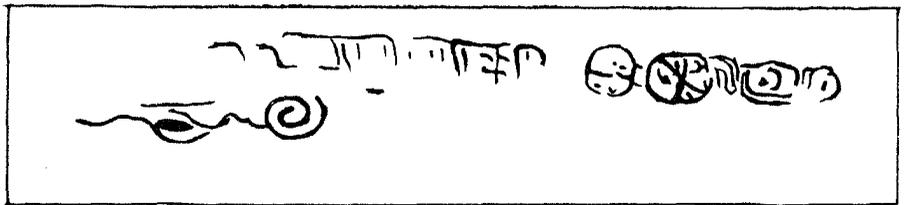
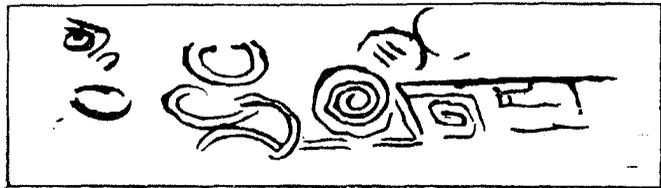
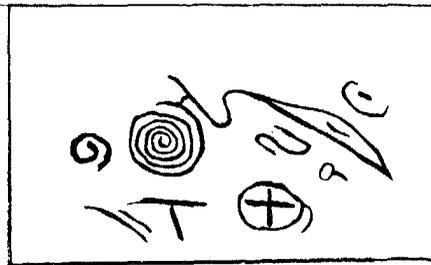
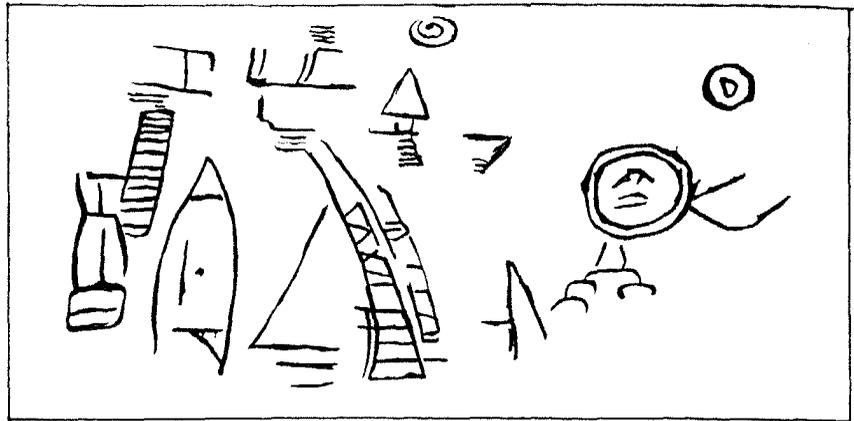
a).—La región de Xilitla esconde cierto número de caracteres grabados en roca (petroglifos), a favor de implementos primitivos de piedra.

b).—Su conjunto no ofrece mucha variedad de elementos, ni éstos

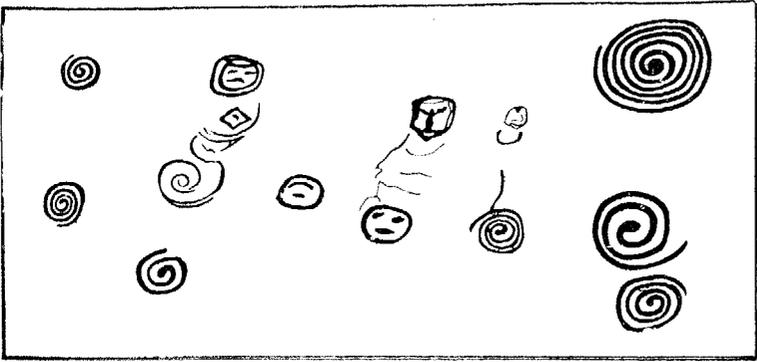
parecen guardar entre sí la coherencia mental que se observa en otras regiones. Predomina entre los símbolos la “espiral”, de naturaleza aislada: esto es, el emblema no se liga con otros. Viene en seguida la representación simplista del rostro humano; y pudieran reconocerse sugerencias de la típica “figura arcaica”. De confirmarse semejante identificación, esto permitiría establecer la edad de los petroglifos, en términos generales. Se remontarían, entonces alrededor de cosa de mil quinientos años.

Los restantes símbolos son indeterminados.

c).—Aun cuando la etnografía, el idioma y las tradiciones de la comarca establecen la presencia de la familia azteca, los caracteres no recuerdan ese tipo de escritura. Lo propio puede decirse de la influencia maya o huasteca; y en lo que concierne a la hispánica, ni el más ligero vestigio se aprecia. En consecuencia, los glifos de Xilitla deben ser prehispánicos, y pueden alcanzar bastante antigüedad, como obra del hombre primitivo.



Petroglifos de Xilitla, San Luis Potosí.



Petroglifos de Nilitlilla, San Luis Potosí.